

Hippies sin OSDE. Lewis Yablonsky en el palimpsesto comunitario de los sesenta.

Agustín Molina y Vedia.

Cita:

Agustín Molina y Vedia (2019). *Hippies sin OSDE. Lewis Yablonsky en el palimpsesto comunitario de los sesenta. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/249>

Título de la ponencia: Hippies sin OSDE. Lewis Yablonsky en el palimpsesto comunitario de los sesenta

Autor: Agustín Molina y Vedia

Eje 4: Poder, conflicto, cambio social

Mesa 50: Sociología de los cuerpos y las emociones

Pertenencia institucional: CONICET-IIGG-UBA

E-mail: agustinmolinayvedia@gmail.com

Resumen

A cincuenta años de su publicación, *El viaje hippie* detenta un valor aumentado. Ya en su tiempo, la indagación etnográfica de Lewis Yablonsky sobre las comunidades alternativas estadounidenses iluminó el trasfondo emocional de la desafiliación juvenil. Amén del proverbial amor psicodélico, Yablonsky anotó la violencia, el impulso creativo, la ira y el tedio. Sin desmentir totalmente los prejuicios corrientes sobre el fenómeno, el sociólogo norteamericano reveló claroscurios impensados en las formaciones emergentes, preñadas de heterogeneidad y confusión. Pese a este panorama, Yablonsky se mostró capaz de aislar núcleos problemáticos comunes y de elaborar teóricamente el significado de la disidencia para la cultura estadounidense. Además de recopilar estos logros, la ponencia reflexiona sobre el valor de la etnografía como documento histórico y la importancia de la autobiografía intelectual como una dimensión enriquecedora de los abordajes cualitativos en materia sociológica.

Palabras clave: CONTRACULTURA-ETNOGRAFÍA-EMOCIONES-VIOLENCIA-DROGAS

1. De la mano de Jesús

Hacia 1967, el sociólogo Lewis Yablonsky arañaba los cuarenta y cinco años. Sus principales aportes a la disciplina estaban contenidos en los libros *The Violent Gang* (1962), sobre bandas delictivas juveniles en Nueva York, y *Synanon: The Tunnel Back* (1965), acerca de un programa de rehabilitación para adictos a las drogas. A la par de sus trabajos de investigación, Yablonsky se desempeñaba como profesor en el Departamento de Sociología de la San Fernando Valley State College. El cuadro convencional lo completaba un matrimonio reciente, ampliado por un par de hijos.

La casualidad alentaría su siguiente paso: “Mi largo viaje hacia el mundo hippie comenzó con mi primer encuentro personal con un grupo de hippies. Ocurrió en el escenario improbable de un restaurant judío en Santa Monica, llamado Zucky’s. Mientras atacaba un plato de salame y huevos, observé la llegada, a las mesas contiguas, de Jesucristo, varios apóstoles y tres Marías Magdalenas. Jesús era como todas las imágenes que había visto de él. Era alto, tenía una barba rubia y rojiza, y ojos color de cielo. Esta versión del Salvador tenía campanillas en las botas de cuero y parecía realmente beatífico” (Yablonsky, 1968:61). Yablonsky escuchó la reprobación de los otros comensales, que sugerían un correctivo laboral para el grupo estafalario, y vio con sorpresa que Jesucristo caminaba hacia su mesa. El parecido iba más allá de las estampitas religiosas: se trataba de Gridley Wright, un hombre que conocía hacía poco menos de un lustro.

En su vida pasada, Wright había sido un joven corredor de bolsa, educado en Yale y simpatizante del conservadurismo republicano. Pese a esta inclinación política, Yablonsky se lo cruzó como un defensor del derecho de las minorías a vivir y trabajar en la comunidad de Malibu. Años después, lo encontró como agente de libertad condicional. Era la etapa de la crisálida, punto intermedio de la mutación. En su nueva encarnación, Wright se convertiría en el guía de Yablonsky a lo largo de un trabajo de campo que tomaría más de medio año. Yablonsky recorrería Estados Unidos de costa a costa, visitando numerosos emplazamientos hippies y entrevistando a los protagonistas de un suceso en boca de todos. Su crónica de ese plexo contracultural atiende a tres puntos cardinales implícitos en la escena inaugural: el de las emociones experimentadas y transmitidas por los integrantes del movimiento hippie, el de las reacciones del entorno social y el de sus propias impresiones y sentimientos, suerte de umbral entre ambos mundos. Esta tríada marca la dinámica del libro y lo convierte en una pieza encomiable de etnografía, que homenajeamos a continuación.

2. Ángeles infernales e hijos de las flores. Amor y violencia en las comunidades hippies

A finales de los sesenta, el ascendiente del estructural-funcionalismo sobre la sociología norteamericana mantenía gran parte de su vigor. Pese a que arreciaban las críticas contra Talcott Parsons, su edificio conceptual pesaba aún sobre teóricos sociales e investigadores empíricos. En *The Hippie Trip*, la influencia de esta corriente se percibe tanto en el andamiaje terminológico como en el planteo básico de los problemas de investigación. Así, el misterio principal parece girar en torno a los valores de los hippies y el prisma de la desviación orienta la localización del fenómeno. Si bien el autor de *El sistema social* no es mencionado, la figura de su discípulo Robert K. Merton se hace presente en la sección analítica del libro. En su celeberrimo *Teoría y estructura sociales*, de 1949, Merton había explicado al comportamiento desviado como el resultado de un énfasis desmesurado en los objetivos valorados socialmente, que descuidaba la importancia de los medios legítimos para alcanzarlos (Merton, 1980: 213-214). En Estados Unidos, el ideal del éxito a toda costa creaba, en complicidad con una estructura social desigual, un fuerte impulso anómico. Yablonsky cita esta hipótesis para destacar la novedad del hippismo: “la explicación causal de la anomia (...) no explica la razón por la cual los hippies de clase media se desvían de las normas. Los nuevos desviados del movimiento hippie tienen un acceso excelente a las metas de la sociedad, y no están reaccionando a estructuras de oportunidad bloqueadas. En contraste con el delincuente tradicional, los nuevos desviados, los hippies, rechazan los medios, las metas y los valores de la sociedad. La postura y el comportamiento desviado de los hippies reflejan un ataque mucho más devastador de la estructura básica de la sociedad americana que el tradicional patrón delictivo” (Yablonsky, 1968:318). En este nivel de su estudio, Yablonsky desmiente a Merton al precio de mantener su léxico y las categorías fundamentales de su análisis.

Sin embargo, su reporte del trabajo de campo, que ocupa más de doscientas páginas, se desliza del problema de los valores hacia la cuestión de las emociones [*emotions*] y sentimientos [*feelings*]. Este desplazamiento es propiciado por los interlocutores de Yablonsky, ansiosos de comunicar sus experiencias en el terreno naciente. Del estatismo de los valores se pasa a la fluidez de la vivencia, de la formulación precisa de un contenido fijo a los modos derivativos de mentar inclinaciones, de la coherencia de un sistema que respeta el principio de no contradicción a un campo de tensiones inciertas, de los principios a los cuerpos.

En el caso de los hippies más articulados, que Yablonsky denomina “sumos sacerdotes” [*high priests*], lo primero que aparece es el anhelo de una sociedad en la que cada cual pueda abandonarse a sus

impulsos. Para Gridley Wright, el primer paso fue “hacer lo que sentía todo el tiempo” [*I just did what I FELT like all the time*] y reunirse con otros que estuvieran dispuestos a ser honestos, sin tregua, respecto de sus sentimientos (Yablonsky, 1968: 46-47. Énfasis en el original). Idealmente, esta disposición debe intensificar los sentimientos de amor, incluso entre aquellos ajenos al grupo. La anécdota favorita de Gridley narra la reacción de su comunidad, llamada Strawberry Fields en honor a los Beatles, ante la visita inesperada de la policía. En lugar de ceder al pánico, Gridley exigió la orden de allanamiento, que los agentes no tenían. Al ver que los policías se quedaban merodeando las instalaciones, los hippies encendieron el equipo de audio, rompieron a bailar al son de “Let’s get together”, de Jefferson Airplane, y cantaron para los policías. Según Gridley, los efectivos se entusiasmaron [*turned on*] con la performance y cambiaron totalmente de actitud. Este argumento se repite una y otra vez: la resistencia no violenta y afable debe ser la vía para modificar inmediatamente la actitud del entorno.

En su pesquisa, Yablonsky halla ejemplos netos de esa fraternidad incondicional. Los Diggers de Haight Ashbury, herederos autoproclamados de los radicales ingleses del siglo XVII, ofrecen comida y refugio a hippies desahuciados, y mantienen una tienda gratuita que desconoce la noción de hurto. En muchas reuniones públicas, los oradores elocuentes aceptan y contienen la intervención de figuras perturbadas, que en otro contexto serían expulsadas sin demora. La propensión a establecer lazos de confianza e intimidad se manifiesta incluso en la facilidad del investigador para incorporarse a contextos informales. Sin la cordialidad que le dispensan, Yablonsky quizás hubiera podido estudiar a los hippies, pero jamás participar de sus puntos de vista e iniciar una profunda transformación personal. No obstante estas muestras de afecto y desprendimiento, la tonalidad afectiva de las comunas dista de ser utópica. En una de sus primeras incursiones, nuestro sociólogo queda maravillado por la naturaleza de Big Sur, resaltada por el espíritu reinante en el contingente que lo acompaña: “a pesar del carácter emocional y febril del viaje, empecé a caer en un ánimo calmo y meditativo. El océano, las montañas y los árboles eran realmente espléndidos. La meditación de mis ‘compañeros’ era pronunciada y visible. Mi propia mirada de la belleza natural era aumentada por el modo sutil en el que ellos me la hacían notar” (Yablonsky, 1968:79). Cuando la caravana llega a destino, el paisaje es bastante menos alentador. La reciben grupos dispersos rodeados de basura, una cocina destruida, sopa de vegetales rancios y muchos planes de abandonar la comunidad. Para colmo, corren rumores de que un trastornado había apuñalado a alguien la noche anterior.

El bueno de Yablonsky decide quedarse para una asamblea de reorganización, pero el panorama lo desalienta y decide retirarse: “las historias y viñetas de personas desquiciadas [*freaked out*] por el LSD

de una manera psicótica vinieron a mi mente. Otros pensamientos me abrumaron. Había casos reportados de violencia, incluyendo el homicidio. ¿Estaban cuerdas estas personas? ¿O estaban usando el rol hippie como legitimación de su insania? Más pánico inesperado me entró cuando me tropecé en el sendero que bajaba de la montaña [...] Por primera vez en el día, revertí abruptamente a mi rol de profesor cuarentón. Qué lugar raro para mí. Era absurdo. De pronto me di cuenta de que tenía \$110 en mi billetera. Torpemente traté de pensar en un lugar para esconderlos. Pensé en meter la plata en mi zapato. Después de todo, Pan y decenas de otros con los que había estado tenían antecedentes de robo a mano armada. Tontamente, mi pánico se aceleró y comencé literalmente a correr montaña abajo” (Yablonsky, 1968:88).

Con el tiempo, Yablonsky aprende a evitar estas desprolijidades, pero el aire de amenaza es persistente. Tanto en Nueva York como en California, las dos áreas que investiga, encuentra testimonios y noticias periodísticas sobre homicidios en los asentamientos hippies, a veces por tráfico de drogas, a veces por conflictos raciales o sexuales. Especialmente en la Gran Manzana, los hippies, cortos de recursos, gravitan hacia las zonas bajas. Allí encuentran la hostilidad de puertorriqueños y otras minorías, que los desprecian por su origen de clase. Un taxista del Lower East Side resume la antipatía: “Nosotros tenemos que vivir en esta mierda. Ellos no. No entiendo a estos pendejos [*punks*]” (Yablonsky, 1968:115).

Estas manifestaciones de animosidad palidecen frente a los combates abiertos que refiere Yablonsky. Uno de tales episodios se desencadena por la violación en grupo de una muchacha hippie a manos de una banda juvenil puertorriqueña. Los hijos de las flores, olvidando por un momento su ética de amor incondicional, amenazan con represalias en caso de que el ataque se repita. Los puertorriqueños deciden un golpe preventivo y Al, un hippie neoyorquino, termina con una herida de navaja en la mejilla: “La viñeta es típica de los múltiples conflictos cotidianos de este tipo que ocurren en el vecindario. Algunos ataques más severos terminan en homicidio. Los hippies, las bandas juveniles violentas, los grupos minoritarios agresivos y frustrados, y la policía producen una caldera de emociones que ha generado un aumento de la violencia en las ‘comunidades del amor’. El East Village es típico del complejo problema amor-violencia producido por la invasión de hippies en otras zonas urbanas deprimidas a lo largo del país (Yablonsky, 1968:146).

Muchas veces, los casos de violencia difuminan las fronteras entre grupo interno y externo. De particular elocuencia es la reseña que hace Yablonsky del trato entre hippies y Hell’s Angels, grupo de motoqueros célebre por su beligerancia. En Haight Ashbury, núcleo californiano de la psicodelia, ambos grupos comparten territorio y parecen estar en buenos términos. En ocasión de la muerte de un

Hell's Angel, los hippies desatan su repertorio idiosincrático. Determinados a cumplir los que, dicen, hubieran sido los últimos deseos de Chocolate George, se reúnen en el Golden State Park con ácido, marihuana y cerveza. Big Brother and the Holding Company, primera banda de Janis Joplin, musicaliza en vivo la peculiar despedida: “cada estribillo, cada porro fumado, cada pastilla de LSD tragada producía un nivel más salvaje y emocional del happening”. Súbitamente, unos Hell's Angels frustrados por la desobediencia de un hippie deciden molerlo a palos y la atmósfera de comunión se interrumpe. Detrás de la convivencia pretendidamente amistosa, se esconde un amedrentamiento sistemático: “algunos Angels actuaban como si amaran y fueran protectores de los hippies. El amor, sin embargo, trocaba a menudo y erráticamente en violencia (Yablonsky, 1968:203-204).

Situaciones análogas se repiten lejos de los centros urbanos. En la comunidad de Morningstar, fundada por el músico Lou Gottlieb, un grupo de negros se apodera de la casa principal. Muchos de los miembros de Morningstar reaccionan de modo abiertamente racista, vociferando consignas esclavistas. La hostilidad general alcanza también al sociólogo visitante. Mystery, el líder de la fracción negra, le da la bienvenida con una pregunta llana: “¿Quién mierda sos?” [*Who the fuck are you?*]. Inquieto por el maletín, que contiene una grabadora, Mystery lo toma por un policía. La secuencia se reitera en Nueva York y la pregunta sufre una variación ínfima: “¿Quién es este hijo de puta?” [*Who is this motherfucker?*]. La distinción entre hippies pacíficos y agentes violentos tiene, por lo tanto, un valor analítico que se paga con el oscurecimiento de la descripción *in situ*. En los hechos, estas fuerzas polares están en permanente interacción.

Diedrich Diederichsen, en su *Fines del verano contracultural*, ubica a Charles Manson y su clan como un brote maligno del hippismo: “¿qué tipo de comunidades producían los precursores de esta nueva contracultura masiva a fines del verano del '69? Cuando en agosto de ese año, y debido al crimen de Manson y al arresto de Beausoleil, la cultura mainstream norteamericana comenzó a ser dominada por la demonización de los hippies, el poeta, cantante (The Fugs) y periodista Ed Sanders reaccionó emprendiendo una costosa investigación sobre la familia Manson. Su meta era exponer los hechos y atacar la ideología de aquellos que ponían a Manson y a los hippies en la misma bolsa. Lo que encontró fue una red ampliamente ramificada de sectas, satanistas y magos negros, que atravesaba la subcultura californiana y que superaban con creces sus peores temores” (Diederichsen, 2011:50). Yablonsky nos lleva a los pródromos de esa filiación, demostrando las dificultades del amor universal y la facilidad de la violencia.

3. Mística y adicción

El uso de drogas ilegales es, tal vez, el tópico más recurrente del libro. Al momento de fungir como guía e informante clave de Yablonsky, Gridley Wright enfrenta un proceso judicial por posesión de marihuana. En la corte, basa su defensa en el principio de libertad religiosa, y lo hace por convicción, no por conveniencia. Así se lo explica al sociólogo: “Creo que lo nuestro tiene todas las características de cualquier religión, especialmente el tipo secreto de religión –esa perseguida como lo fueron los primeros cristianos, como los pequeños cultos de las sociedades secretas lo han sido a lo largo de la historia... Lo que nosotros tenemos, que es secreto para el Establishment, son los ritos en los que usamos droga. Esos no pueden ser observados por no-miembros [...] Veo todo el proceso de renuncia [*drop out*] como un proceso religioso. Una vez que empezás a ser completamente abierto en tu autoconciencia y en la expresión de vos mismo en la comunicación con otros, empezás un proceso que, acompañado por las drogas psicodélicas, lleva inevitablemente a experiencias místicas” (Yablonsky, 1968:43).

En este punto se replican varios lugares comunes de la época. Los hippies insisten en el valor espiritual de la marihuana y el LSD. Las palabras de Timothy Leary, gurú de la experimentación narcótica, resuenan en muchos de los entrevistados por Yablonsky, que justifican su consumo permanente de drogas en términos de una batalla contra los “juegos de ego”. Como la experiencia mística es del orden de lo inexpresable, gran parte de las reflexiones al respecto adolecen de vaguedad. Mary, joven de veinticuatro años y desertora de la universidad, ilustra este carácter: “No puedo decirlo, porque es algo muy personal –me gustaría comunicártelo pero es sólo un sentimiento, una emoción. Mi primer viaje cambió mi mundo. Renuncié a mi trabajo y no volví a trabajar desde entonces. Algunas cosas me pasaron antes del golpe a mi ego [*ego buster*]. Era más egoísta y más centrada en la plata y más centrada en la sociedad. Pero ahora, es una cosa de amor, una cosa de humanidad” (Yablonsky, 1968:141).

Yablonsky da crédito a estas palabras, mas desconfía de su representatividad. Independientemente de lo que postulan los sumos sacerdotes, detecta un uso prosaico de las sustancias que, en una proporción nada desdeñable del colectivo hippie, implica conductas adictivas. Lejos de la beatitud, muchos jóvenes cargan con antecedentes de desequilibrio psíquico que matizan su procedencia de clase. Yablonsky verifica que el 70% de los hippies proviene de la clase media o alta, pero también descubre que varios de ellos son veteranos de intentos de suicidio, brotes psicóticos o tratamientos psiquiátricos

prolongados.¹ El consumo de speed trae a la superficie esta arista problemática, porque despeja cualquier pretensión de búsqueda espiritual. Con su aceleración del sistema nervioso central, el speed trastorna los patrones de sueño, produce alucinaciones y genera dependencia física, con el consecuente síndrome de abstinencia.

Para corroborar estos hallazgos, Yablonsky busca la opinión informada del Dr. Smith, médico a cargo de una clínica gratuita destinada a los hippies de Haight Ashbury. El Dr. Smith le confirma que la línea que separa a la experiencia mística de la enfermedad es borrosa, que un estado placentero efímero puede confundirse fácilmente con el Nirvana. Para Smith, incluso aquellos embarcados en una búsqueda espiritual genuina corren riesgos sanitarios: “pasan gran parte de su tiempo escrutando sus emociones, examinando fenómenos intelectuales y trabajando bajo la suposición de que el potencial de la mente es ilimitado. Esta es una de las razones por las cuales hay tantos problemas de salud en Haight Ashbury. Están tan involucrados con sus procesos mentales que desatienden e ignoran sus cuerpos. Sus cuerpos son sólo vehículos para sus emociones y sus mentes” (Yablonsky, 1968:261). Esta jerga no es precisa, pero acusa recibo del vínculo entre experimentación emocional y corporal, eje básico del movimiento hippie.

A la par de esta pesquisa, *The Hippie Trip* narra los cambios de actitud del propio Yablonsky. Al comienzo de la investigación, observamos a un profesor universitario escrupuloso, que se tensa cada vez que la droga circula a su alrededor e imagina las consecuencias funestas de una redada para su carrera académica. Aunque el recelo nunca lo abandona totalmente, Yablonsky accede a probar marihuana y, para coronar su estudio, decide experimentar con LSD. Guiado por dos amigos, aliado con su esposa Donna, Yablonsky atraviesa el pánico inicial, la calma paulatina, los accesos de glosolalia y el intenso deseo sexual. Pero allende el mundo que se derrite, los amores declamados febrilmente y la inconcebible belleza, entrevemos otra cosa.

Durante el trance lisérgico, Yablonsky conecta con un patriotismo ferviente. Su imaginación dibuja una nave lista para visitar el espacio exterior, pero la adorna con una terrenal bandera blanca, roja y azul. Esta cromática nacionalista, debe admitirse, se insufla de sentidos progresistas. La reverencia no se dirige a los Estados Unidos racistas, ni a la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson, sino al revolucionario radical Thomas Paine. Además, la misión del ciudadano se funde con la del sociólogo crítico, que debe “asumir la responsabilidad de actuar para cambiar la sociedad que ama” (Yablonsky,

¹ Es importante aclarar que Yablonsky no plantea una relación directa y necesaria entre enfermedad psíquica y consumo de drogas. Ambos pueden tanto reforzarse como contraponerse: “vi a personas que aparentemente habían sido criminales pertinaces, neuróticos o psicóticos virar hacia un modo de vida más significativo como resultado del uso de LSD. Recuerdo a Sonny con sus veinte cicatrices de suicidio en sus brazos, ahora sonriendo, contento y expresivo junto a sus drogas psicodélicas”. (Yablonsky, 1968:268-269).

1968:235). Con todo, este reformismo sigue el principio del “activismo instrumental”, que Parsons había señalado como el valor dominante de la cultura norteamericana: en ese orden moral, el mejoramiento de la sociedad es la meta más elevada que puede plantearse el individuo (Parsons, 1962:101)

El corte conservador es todavía más evidente en su epifanía sobre los roles de género. Con sus facultades alteradas, Yablonsky y esposa liman asperezas y deciden aceptar sus destinos naturales: “Las mujeres tienen el poder de crear vida y esta es un área que los hombres nunca van a entender. Acordamos en que, superficialmente, los hombres son más creativos que las mujeres. Incluso los hombres dotados y dedicados escribir libros y filosofía eran insignificantes comparados con el poder que tiene una mujer de dar vida a través del parto” (Yablonsky, 1968:232). Donna admite que nunca podrá comprender la fruición intelectual de los hombres y concluye que cada uno tiene que “hacer lo suyo” [*do their own thing*].

La expansión de la conciencia, vemos, tiene límites estrechos. Con la crónica de su incursión, Yablonsky delata, inadvertidamente, el potencial reaccionario de la vía narcótica. El periplo extravagante, que simula revelaciones grandiosas, abreva finalmente en las aguas del sentido común.

4 Sexualidad e infancia en los márgenes

La sexualidad patente de los círculos hippies es una de las fuentes principales de su magnetismo. Haciéndose eco de la curiosidad del público general, Yablonsky quiere determinar si el amor libre es realidad o mero eslogan. Esta veta de su indagación transcurre plagada de voyeurismo reprimido. Las mujeres núbiles de torsos desnudos pululan por doquier, el sexo se intercala sin solución de continuidad entre las actividades cotidianas, apenas fuera de la vista del sociólogo profesional. En términos simples, diríamos que el mundo hippie cumple las expectativas que se ha formado Yablonsky a partir de los artículos periodísticos massmediáticos. Casi sin excepción, los protagonistas confirman que las parejas sexuales abundan y que, aquí también, la cantidad se troca en calidad. Por supuesto, existen los celos, sustancia contumaz que se mofa del amor libre. La atmósfera global, empero, es de satisfacción.

Al describir a sus interlocutoras mujeres, Yablonsky recae una y otra vez en los mismos adjetivos: beautiful, attractive, young. En más de una ocasión, sospecha que las puertas de esa sensualidad extraña están abiertas para él. Los pasajes rebosan ambivalencia: “En cuatro años de matrimonio, no había sido infiel ni una sola vez. Sin embargo, ahí estaba en la mitad de la noche, en un escenario

romántico, con una chica hippie bastante atractiva, que estaba descaradamente desnuda. ¿Era verdadera la filosofía hippie de un happening sexual o estaban operando los usuales valores de clase media? ¿Era yo un investigador o un actor en la escena? La sola idea de adentrarme en la situación me producía una culpa enorme e ira conmigo mismo. Aparentemente, mi compañera no sentía ninguno de estos sentimientos. Parecía tan lista para tener sexo como para irse a dormir. Me levanté y di una caminata [...] Era muy claro que mi sincero rol de investigador estaba generando más involucramiento personal del que quería [*more personal involvement than I wanted*]. Para mí, ‘poner en acto’ [*acting out*] la cultura hippie no resonaba con mi personalidad básica ni con mi sistema de valores” (Yablonsky, 1968:166-167). La incomodidad con el propio deseo es notoria. Yablonsky lamenta el involucramiento como si fuera contrario a sus anhelos, cuando no puede más que provenir de ellos. El sociólogo riñe con su tentación, que busca conjurar con léxico académico. “Sistema de valores” y “personalidad básica” son reaseguros, escudos contra un mundo alternativo que lo recibe con los brazos demasiado abiertos.

No cualquiera accede a esta recepción. Muchos oportunistas se aproximan a los reductos hippies para usufructuar la afamada promiscuidad y montan en cólera cuando son rechazados. Participar del libertinaje, acota Yablonsky, requiere establecer una empatía con los sentimientos del potencial compañero sexual. Incluso dentro de los confines del hippismo auténtico, no es raro toparse con formas severas de conflicto. Si bien la agresión física y la violación provienen mayormente de agentes exógenos, el sociólogo registra eventos de este tipo al interior de las comunidades.

Otro punto sensible ligado a la sexualidad es el que atañe a la procreación. Ciertamente, el tema no pasa desapercibido para los actores. En consonancia con los resultados de la investigación de Kenneth Westhues (1972), Yablonsky descubre que los hippies dan una calurosa bienvenida a la pastilla anticonceptiva. Pese a la postura decididamente romántica del movimiento, este avance específico de la ciencia se pondera porque divorcia al placer de la reproducción, al sexo de la familia. Dos jóvenes entrevistadas por Yablonsky, una de ellas embarazada, coinciden en que el ambiente no es propicio para la crianza de hijos. En las comunidades, el sociólogo observa algo peor: algunos niños abandonados a su suerte, otros iniciados en el consumo de drogas potentes, como el LSD, antes de los cinco años. Morningstar es el asentamiento que grafica con mayor crudeza esa desidia. En medio de una conversación con un miembro del grupo, un infante capta la atención de Yablonsky: “me sentí compelido a apagar mi grabadora y atender a un pequeño niño rubio de unos cuatro años, que deambulaba sin rumbo y lloraba. Usaba un largo vestido de terciopelo verde, que estaba sucio. El niño patético tenía puesto un zapato, el otro faltaba. Nadie parecía prestarle atención. Parecía abandonado.

Fui hasta él, lo levanté y lo abracé. Me di cuenta de que el chico olía mal, a orina y heces. Lo abracé otra vez. El pequeño y yo nos miramos a los ojos y nunca olvidaré sus simples palabras, ‘me siento solo’ [*I’m lonely*]” (Yablonsky, 1968:189).

Si concedemos que la detección del sufrimiento es una de las tareas supremas de la ética antropológica (Bourgois, 2010), esta secuencia conmovedora puede reputarse como uno de los logros máximos de *The Hippie Trip*. Aquí la proeza no emana de una inspección analítica destellante, sino de la habilidad y sensibilidad necesarias para estar en el momento indicado, para documentar y dejar sentado un testimonio de dolor que, de otro modo, se hubiera perdido en el fondo de los tiempos.

5. Palabras finales

Una opción de lectura, sin duda legítima, rastrearía en *The Hippie Trip* los indicios de las transformaciones socioeconómicas del último medio siglo. En esa vena, podríamos mencionar la prevalencia del hedonismo que hirió de muerte a la santificación protestante del trabajo y las bases morales de la sociedad (Bell, 1978:84). Asimismo, el rechazo hippie de cualquier forma de autoridad anticipa las nuevas formas empresariales del capitalismo. Para Yablonsky, ese repudio distingue a los hijos de las flores del contemporáneo movimiento por los derechos civiles: “los hippies rechazan el concepto de liderazgo presente en la sociedad norteamericana. Para ellos, ‘nadie debería imponer su viaje a otro’. La negación de los líderes hippies respecto de su liderazgo parece ser uno de los problemas nucleares del movimiento” (Yablonsky, 1968:300). Retrospectivamente, esta peculiaridad preanuncia la reconfiguración capitalista en torno a las demandas de autonomía, autogestión y la “liberación sin límites de la creatividad humana” (Boltanski y Chiapello, 2002:245-246). A su vez, la obstinación con el consumo de drogas y la experimentación sexual esbozan el perfil del capitalismo farmacopornográfico diseccionado por Paul B. Preciado en *Pornotopía* (2010). Por último, la impugnación de la civilización material, que Yablonsky corrobora en su trabajo de campo, está íntimamente ligada a la “revolución silenciosa” que erosionó a los valores centrados en la seguridad física y financiera y los reemplazó por otros organizados en torno a la libertad individual y la expresión de la personalidad (Inglehart, 1977).

Yablonsky intuye el nexo entre el hippismo y un cambio cultural de envergadura. Con todas sus quejas, afirma, el público general presta una atención fascinada a los hijos de las flores. Sólo un fino velo cubre la admiración y envidia hacia los desviados. Esta respuesta casi positiva se explica por “la adoración tradicional norteamericana por los héroes agresivos, aventureros y sexualmente liberados que ‘se

mandan solos' ('hacen la suya') despreocupados de las restricciones sociales de la conciencia moral estándar" (Yablonsky, 1968:328). El romanticismo, no puede olvidarse, es un componente profundo del imaginario nacional estadounidense.

No obstante estas apreciaciones, hemos elegido un camino alternativo. En vez de sopesar el valor premonitorio del libro, rescatamos la captación de un momento naciente, ignorante de sus destinos. El árbol está en la semilla, pero sus formas no son idénticas. Al tratarse de una década que ha dado tanto que hablar, la recopilación fresca de Yablonsky cumple un papel inusual en la historia cultural. Por las condiciones de su disciplina, los investigadores de universos simbólicos pretéritos se ocupan de pergeñar estrategias metodológicas para recuperar una dimensión que deja pocos rastros. Trabajan con indicios, con huellas febles. Por causa del avance fenomenal de las técnicas de registro surge, creemos, un nuevo problema: el de orientarnos en una selva tupida de documentos. El pasado reciente nos resulta excesivamente familiar, accesible y a la mano.

En esta nueva situación, la etnografía sociológica cumple la función de volver extraño lo familiar, para desmontar narraciones cristalizadas de la historia. Escrito como respuesta a las urgencias del presente, *The Hippie Trip* mejora con el paso del tiempo. Sin quitar asidero a las nociones más comunes sobre el hippismo, desnuda pliegues internos y fuerzas contradictorias. Necesariamente incompleto, el reporte de Yablonsky hace honor al complejo de emociones que palpitan en el nuevo espacio. Incluso sus tribulaciones, un tanto bufonescas, atestiguan el impacto, los significados y atractivos del movimiento. La acogida de los nativos, por otra parte, convoca el asunto de la participación de la sociología en los acontecimientos sociales. Para un observador de segunda instancia, que bien podríamos ser nosotros, el corpulento Yablonsky podría ser uno más de los curiosos atraídos por la escena y su libro, un producto colectivo de la época.

Bibliografía

- ❖ Boltanski, Luc y Eve Chiapello. *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.
- ❖ Bourgois, Philippe. *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- ❖ Diederichsen, Diedrich. “Fines del verano contracultural”. *Personas en loop: ensayos sobre cultura pop*, Buenos Aires, Interzona, 2011.
- ❖ Inglehart, Ronald. *The Silent Revolution*, Princeton University Press, 1977.
- ❖ Merton, Robert. “Estructura social y anomia”. *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- ❖ Parsons, Talcott, “Youth in the context of American Society”. *Daedalus*, Vol. 91, Nro. 1 (1962): 97-123.
- ❖ Preciado, Beatriz. *Pornotopía*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- ❖ Westhues, Kenneth. “Hippiedom 1970: Some Tentative Hypotheses”. *The Sociological Quarterly*, Vol. 13, Nro. 1 (1972): 81-89.
- ❖ Yablonsky, Lewis. *The Hippie Trip*, Nueva York, Pegasus, 1968.